

BOLETÍN

DE LA

REAL SOCIEDAD VASCONGADA DE AMIGOS DEL PAÍS

(Delegada del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Guipúzcoa)

AÑO III

CUADERNO 3.º

Redacción y Administración: MUSEO DE SAN TELMO - San Sebastián

Perfil psicológico del guipuzcoano

por

Juan Zaragüeta

Pasa por averiguado que la psicología de un pueblo se halla en razón de su geografía y de su historia: de su geografía, que le brinda el marco obligado de su desenvolvimiento vital; de su historia o tejido de sucesos previos en el que forzosamente habrá de ensartarse el hilo de los posteriores. No obstante, ambos factores, el histórico y el geográfico, con ser tan importantes para la personalidad de un país, olvidan o suponen lo más decisivo de su fisonomía. La pura geografía olvida que, frente al medio físico, el hombre no se siente sólo esclavo, sino también dueño de él o, cuando menos, llamado a dominarlo; la pura historia, a su vez, sin perjuicio de contribuir a definir o consolidar un carácter, lo supone en esa su raíz que se llama temperamento racial previo a toda actuación histórica.

En el caso concreto de nuestro querido pueblo guipuzcoano, ¿cómo no advertir que el gran escenario de su vida se halla acotado por esos ingentes bastidores que son sus ininterrumpidas montañas, tantas veces entoldadas de plumizo cielo, y ese magnífico mirador de la costa cantábrica por el que se asoma al horizonte ilimitado del

mundo? En razón de ambos panoramas característicos del solar guipuzcoano, parece hallarse el "perfil psicológico" de sus pobladores.

En la accidentada perspectiva interior de su país, el guipuzcoano gusta de vivir su vida apegado a su hogar, hogar desgraciadamente condenado a menudo por la topografía a la soledad del caserío, con las desventajas consiguientes a tal situación. Difícil es, en efecto, que en semejantes condiciones florezca la cultura intelectual, que sólo en un ambiente de intensa vida social puede aclimatarse. El mismo carácter individual tiende a tornarse huraño y receloso y, por ende, un tanto refractario al trato social que pudiera atenuar las quiebras de su aislamiento. Es notorio, sin embargo, que la energía de carácter del guipuzcoano ha sabido reaccionar contra tales dificultades y asimilarse con rápida eficacia las más modernas instituciones de solidaridad social, a la vez que ingeniarse para que la comunicación cultural y la diseminación escolar sean sensiblemente logradas.

Pero en el interior de los hogares guipuzcoanos, ¡qué sanidad y pureza de costumbres, qué florecimiento de virtudes domésticas, qué espíritu de trabajo y de ahorro para el mantenimiento y la prosperidad del "caserío", ese símbolo plástico de la familia vasca, que tan fervorosos elogios ha merecido a sociólogos extranjeros como Le Play, cuando no vaciló en señalarla como modelo de célula social! La esforzada y asidua laboriosidad en el cultivo de una tierra más bien ingrata, la sobriedad de pretensiones, la sencillez de gustos, la honestidad de vida, la armonía fraterna bajo la indiscutible autoridad de los padres, el espíritu de continuidad de padres a hijos que luego se prolonga en la tradición, todo ello impregnado de una profunda religiosidad, de un acatamiento cordial al destino providencial de la vida, hacen de la familia vasca un tesoro de cualidades que sólo a la vista de la catástrofe a que conduce su pérdida es dado apreciar en todo su valor.

Hombre ante todo de su hogar, el guipuzcoano ha sabido también salirse de él para constituir en torno a sus pintorescos pueblos, con una técnica cada día más depurada, esos focos de actividad industrial que fueron antaño sus ferrerías y que hoy señalan con sus erguidas

chimeneas —rimando, por cierto, con las esbeltas torres de las iglesias que acusan su exaltada espiritualidad— el dinamismo creador de cuanto la civilización nos ofrece de más amable. Y cuando, terminada la faena diaria, o en los días dominicales en que es sagrado interrumpirla, los jóvenes guipuzcoanos se congregan en la plaza popular —siempre bajo la mirada tutelar de la torre eclesiástica y de cuanto ella simboliza—, ¡cómo gustan de emplear su desbordante energía en esos prodigiosos alardes de fuerza y destreza muscular que son sus juegos, cuando no se entregan al honesto esparcimiento de sus “aurreskus” y a la arrebatadora alegría de sus “kalegiras”, o se sumergen en la dulce melancolía de sus “zortzicos” y en la briosa resonancia de sus “irrintzis”!

Situado por la Naturaleza frente al gran Océano, el guipuzcoano ha sentido siempre la tentación de franquearlo en todas sus direcciones y de sondear todos sus misterios. Y así es fama que, al filo de la revelación del Continente americano, sus costas de Terranova hubieron de ser abordadas por intrépidos marinos vascos en busca de bacalao, como también la pesca de la ballena había determinado expediciones no menos audaces. Pero fueron sobre todo los grandes descubrimientos geográficos derivados del de Cristóbal Colón los que, afrontados por el espíritu aventurero de la raza, quedaron vinculados a nombres de exp'oradores guipuzcoanos de universal celebridad. Y al paso que un Urdaneta, natural de Villafranca, esclarece la topografía de las costas de Méjico, López de Legazpi, nacido en Zumárraga, deja su huella imperecedera en el Archipiélago filipino por él descubierto e incorporado a la Corona de España. Antes que ellos el gran guetariano Sebastián de Elcano había consumado por primera vez en la Historia el periplo alrededor de la Tierra que le valió del Emperador Carlos su famoso blasón heráldico, puesto en boca del Globo terráqueo: “*primus circumdedisti me*”, has sido el primero en darme la vuelta”.

Y semejantes expediciones, de fabulosa grandiosidad para su época, no se hacían a humo de pajas. El guipuzcoano entrevió rápidamente su doble trascendencia, espiritual y económica, y allí fué, como misionero y colonizador, en la vanguardia de la gigantesca

obra emprendida por España, de incorporación a su cultura, que es la cultura cristiana, de aquel inmenso continente lleno de promesas. Iniciativas industriales y comerciales como la Real Compañía de Caracas llevan el sello de Guipúzcoa, y la compenetración del vasco en general y del guipuzcoano en particular con la población indígena fué tal que actualmente abundan los nombres vascos en las situaciones más relevantes de las repúblicas americanas, al paso que nuestros pintorescos valles aparecen salpicados de blancas casas de "indianos" o vascos emigrados pero siempre nostálgicos de su tierra natal, que volvían a consumir en ella sus últimos días, como descanso bien ganado tras los afanes desplegados en la ruda tarea de ultramar. Y tampoco es extraño el caso de que, apenas tocado puerto guipuzcoano por algún buque de marina americana, su oficialidad se dispersa por la provincia en busca de las cásas solariegas de sus ascendientes.

Semejante éxito de colonización se debe fundamentalmente a las cualidades de la raza. Aun hoy en día, las colonias vascas de las naciones americanas son quizás las más destacadas y sus miembros gozan de general estimación. Decirse vasco es ostentar la mejor carta de recomendación, como prototipo de honradez, laboriosidad y espíritu emprendedor. Porque la raza vasca no habrá quizás dado aun toda la medida de su genio en ciertas direcciones de la cultura, cual la puramente intelectual, a pesar de que, aun en este dominio, se puedan citar nombres gloriosos y sea sobre todo patente al afan de asimilación y de progreso, ya revelado en tiempos del Conde de Peñafiorida y sus "caballeritos de Azcoitia" y mantenido en el nuestro a nivel ejemplar. Pero si cabe descartar, en el país vasco, en punto a cultura desinteresada, la floración de una ciencia o de una filosofía originales, o se puede echar de menos una literatura o un arte mejor definido y aun cierta brillantez de expresión en un pueblo más dado a hacer cosas que a contarlas, la aportación del vasco al progreso nacional en el aspecto de ciencia aplicada o técnica industrial se halla fuera de toda discusión. Un talento vigoroso, pleno de iniciativas, al servicio de una voluntad esforzada y perseverante, dentro de las normas ético-jurídicas de honradez y seriedad que son

la mejor garantía de éxito en toda empresa, hacen del vasco un valor altamente cotizabile en la economía nacional. En sus obras de mayor empuje, como promotores o co-participes, figuran a menudo ingenieros y financieros vascos, y el obrero vasco es también objeto de especial solicitud.

Con toda esta preocupación por mejorar con su trabajo las condiciones de vida de su nativo solar o de irradiar más allá el excedente de sus energías, el alma del vasco no se deja absorber por los intereses terrenos y temporales y su mirada se vuelve a menudo al cielo, a ese Dios o Señor de arriba —“Jaun-goikoa”— en el que reconoce a su verdadero Dueño y Fin supremo de su vida. La cristiana religiosidad del vasco es proverbial, cimentada ella en una fe robusta y sencilla, si bien no exenta a veces de complicaciones con leyendas más o menos supersticiosas o poéticas, a las que el casero, solitario en medio de una naturaleza bravía, no siempre sabe susstraerse. Pero aun en este orden de la religiosidad, la tónica de la vida del vasco, más que en efusiones sentimentales o en arrobos místicos, se cifra en una disciplina de la voluntad, esa disciplina cuyo más alto exponente, de resonancia mundial, nos ha dejado teóricamente en el libro de los ejercicios espirituales y prácticamente en la ordenada milicia de la Compañía de Jesús, aquel insigne azpeitano que se llamó Ignacio de Loyola.

Finalmente, para decir algo de la llamada “política”, la de Guipúzcoa, consciente de su pequeñez geográfica, nunca alimentó afanes de independencia, sino que consintió en vivir unida, ora a su vecina y afín Navarra, ora a la Corona de Castilla, para fundirse finalmente en la gran España, a cuyos Reyes sirvieron guipuzcoanos ilustres, ya en funciones áulicas y culturales, cual el historiador Garibay, ya como ejecutores de imperiales designios, tales los marinos Blas de Lezo y el donostiarra almirante Oquendo. Dentro de una acrisolada lealtad a la Nación española, Guipúzcoa recabó siempre y obtuvo de sus Monarcas el respeto a sus peculiares instituciones, impregnadas de un espíritu de igualdad en la común hidalguía de los hijos del país e informadas de una pericia y honradez administrativas universalmente reconocidas y admiradas. Si, a favor de un incipiente pro-

ceso de descomposición nacional, hijos de Guipúzcoa se dejaron ganar por el señuelo separatista, es de justicia reconocer que ni tal planta germinó en su suelo, ni en él arraigó tan hondamente que su extirpación sea difícil, dada la sensatez, la ponderación y el sentido de la medida que han hecho siempre del guipuzcoano medio un hombre refractario a nocivos extremismos. Tanto por sus cualidades raciales como por sus servicios históricos y hasta por su natural afabilidad, tan acogedora del forastero en la propia tierra como adaptable a la ajena, Guipúzcoa se hace plenamente acreedora a la confianza en este período de selección de los valores llamados a colaborar en la gran obra de restauración nacional. Que Guipúzcoa figure en ella en su debido lugar, como vino ya señalándose ante las primeras necesidades de la post-guerra, debemos desear y pedir cuantos la amamos como preciado florón de España y de su región vasco-navarra, a cuya grandeza y gloria contribuyó generosamente en tiempos pasados, y se halla en condiciones, dado el "perfil psicológico" de sus hijos, de servir en el presente con plenitud de eficacia.

